

4.7. Región NOA

Encuentro Nacional de Catequistas ENAC 2005 Región NOA - Salta, 13 al 15 de Agosto

Sábado 13 de agosto:

- 09.00 a 13.00 hs. Recepción en las parroquias asignadas a cada Diócesis. Ubicación en los respectivos alojamientos.
- 15.30 hs. Presentación en el Estadio “Delmi”. Animación. Bienvenida a cargo de **Mons. Mario Cargnello, Arzobispo de Salta**. Saludo del P. Alejandro Puiggari, Director de la Junta Nacional de Catequesis.
- 16.30 hs. 1º tema de reflexión. “**JESUCRISTO...**” a cargo de **Mons. Juan Carlos Maccarone, Obispo de Santiago del Estero**.
- 17.30 hs. trabajo en grupos en 6 escuelas ubicadas en los alrededores del Estadio “Delmi”.
- 19.30 hs. regreso al Delmi. Animación. Preparación para la Santa Misa.
- 20.00 hs. CELEBRACION DE LA EUCARISTIA. Preside: **Mons. Armando Uriona, Obispo de Añatuya**. Responsables de la liturgia: Santiago y Añatuya.

Domingo 14 de agosto:

- 09.00 hs. Concentración en el Delmi. Animación. Oración de Laudes. Responsable: Orán.
- 09.30 hs. 2º tema de reflexión. “**CON ALEGRIA...**” a cargo de **Mons. Jorge Lugones, Obispo de San Ramón de la Nueva Orán**.
- 10.30 hs. trabajo por grupos.
- 13.00 hs. Almuerzo
- 16.00 hs. 3º tema de reflexión. “**LO ANUNCIAMOS...**” Se desarrolla en el Delmi, a cargo del **P. Arsenio Barrionuevo, del Seminario de Jujuy**.
- 17.00 hs. Trabajo por grupos.
- 19.00 hs. CELEBRACION DE LA EUCARISTIA. Preside: **Mons. Pedro Olmedo, Obispo Prelado de Humahuaca**. Responsables de la liturgia: Jujuy y Humahuaca.
- 20.30 hs. Cena.
- 22.00 hs. Acto folklórico cultural. Representación de la Historia del Señor y la Virgen del Milagro, a cargo del Ballet “Los Mayuatos”.

Lunes 15 de agosto:

- 09.00 hs. Concentración en el Delmi. Animación. Exposición del Santísimo. Oración de Laudes. Responsable: Orán.
- 09.30 hs. Iluminación a cargo de **Mons. Armando Rossi, Obispo de Concepción de Tucumán**: “**RENOVAMOS NUESTRO MINISTERIO**”. Trabajo de “cuchicheo” con la 1ª parte del 3º subsidio.
- 10.30 hs. Procesión desde el Estadio “Delmi” hacia la Catedral con las Imágenes Marianas de cada Diócesis. Responsables: Tucumán y Catamarca.
- 12.00 hs. CELEBRACION DE LA EUCARISTIA en la Catedral, Santuario del Señor y la Virgen del Milagro. Preside: Mons. Mario Cargnello. Responsables: Cafayate y Salta.
- Consagración a la Virgen. **ENVÍO de todos los catequistas por los Obispos presentes.**

- 13.30 hs. Almuerzo. Despedida.

LA IGLESIA ESTÁ VIVA

*Palabras de bienvenida de monseñor Mario Antonio Cargnello, arzobispo de Salta
en el Encuentro Nacional de Catequistas ENAC 2005 Región NOA
13 de agosto de 2005*

¡Jesús es el Señor, con alegría lo anunciamos!

¡Bienvenidos, queridos hermanos!:

La presencia multitudinaria de ustedes, queridos catequistas de las diez circunscripciones eclesióásticas del Noroeste Argentino llena de profundo gozo el corazón de los pastores todos de esta región y de los cristianos de esta Salta que con entusiasmo cristiano y cordial los recibe. ¡Bienvenidos a la tierra del Señor y de la Virgen del Milagro que este año, desde los tronos preparados por sus hijos les abren los brazos para acogerlos con especial cariño!

También nosotros podemos decir con el querido Papa Benito: ¡La Iglesia está viva! Lo que hacemos al mirarlos y reconocer en Uds. la magnífica carga de comunión y amor que cada uno trae como don del Espíritu y fruto maduro de una historia de fidelidad.

En este instante vemos conjugarse en este lugar la historia de un servicio privilegiado de la Iglesia en nuestro noroeste argentino: la historia de la catequesis.

Como un primer fruto en nuestro NOA del paso penetrante del Espíritu Santo en el Concilio Vaticano II, la catequesis fue asumida con particular esfuerzo, preocupación y organicidad en nuestras diócesis. Todos los obispos del NOA la apoyaron. El recuerdo de sus nombres se hace presente en nuestros corazones. Permítanme traer a la memoria de todos, el nombre de Mons. Carlos Mariano Pérez de venerada memoria, entonces Arzobispo de Salta, cuyo 20º aniversario de su fallecimiento estamos celebrando en este año. Junto a ellos, sacerdotes de generosísima entrega dieron lo mejor de sí para formar catequistas en seminarios, encuentros, conferencias. Generosos cristianos se fueron formando y plasmaron su vida en una espiritualidad de auténtica y diáfana resonancia de la Palabra de Dios en sus corazones. De este modo, la Iglesia en nuestras diócesis y prelaturas fue respondiendo al mandato del Señor: “Vayan... anuncien... bauticen... enseñen”. El gozo de la bienvenida nos impulsa a dar a todos los que nos precedieron, a los que ya se fueron a dejarse enseñar directamente por Jesús y el Padre en el cielo abrazados en el amor del Espíritu a los que están en este mundo, algunos de ellos aquí, en este encuentro, a darles digo- un enorme gracias que se hace aplauso en esta tarde.

Han pasado varios años que se hicieron décadas. Hoy estamos aquí, convocados por el Episcopado Argentino, para celebrar el Encuentro Nacional de Catequistas en esta región del NOA y poner en el centro de nuestras vidas las personas de nuestros catequistas, su espiritualidad, su formación. Reunidos en el nombre del Señor sabemos que es Él quien esta en medio de nosotros y nos convoca. Queremos proclamarlo como Señor para anunciarlo con alegría. Necesitamos hacerlo. Estamos convencidos de lo que nos enseña el Papa Benito: “únicamente donde se ve a Dios comienza a vida. Solo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida... Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada mas bello que conocerlo y comunicar a otros la amistad con Él”⁽¹⁾. Necesitamos decirnoslo, escucharlo, celebrarlo para anunciarlo desde la más profunda alegría del corazón. Eso es lo que queremos vivir en Salta en estos días. Queremos vivirlo escuchando las cadencias del noroeste que nos hablan de la cordialidad paciente y firme de los de Añatuya y de Santiago, del corazón mariano de los catamarqueños, del trabajo empeñoso y dulce de los de

Concepción y de Tucumán, del canto hecho vino para la Eucaristía de los de Cafayate y hecho madera en Orán, del sonoro cantar de quebradas, valles y surcos de los de Jujuy y de Humahuaca, abrazados todos por el afecto de los salteños.

Agradezco a mis hermanos obispos, los que están y los que no pudieron venir, por haber elegido a Salta para este encuentro. Gracias, especialmente a Mons. Juan Carlos Maccarone, quien nos preside en la conferencia Episcopal Argentina y en la región del NOA en esta responsabilidad primera de los obispos, que es la catequesis. Agradezco a todos los catequistas, laicos, religiosos y sacerdotes de modo particular a los párrocos, primeros catequistas en sus comunidades parroquiales el esfuerzo realizado para estar aquí. Agradezco a mi gente de Salta, a la Junta de Catequesis y a todos los que se pusieron a su lado para hacer de este espacio una casa que acoge al hermano. Ruego al Padre de Jesús que nos abrace especialmente en estos días, que al darnos a Jesús en medio por la Palabra, por la enseñanza, por la oración, por la Eucaristía y por la Reconciliación, la presencia vivificante del Espíritu Santo nos haga más eclesiales, más fraternos, más fuertes en la fe, alegres en la esperanza y comprometidos en el amor. Queremos que Cristo este en este espacio eclesial del ENAC-NOA porque “quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada, absolutamente nada de los que hace la vida libre, bella y grande. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Solo con esta amistad experimentamos lo que es bello y los que nos libera”⁽²⁾

Un especial saludo de bienvenida le quiero dar al Padre Alejandro Puiggari y decirle un gracias sincero por su tarea generosa, perseverante y fiel al servicio de la catequesis en nuestra patria. Todos te decimos: gracias, Padre Alejandro.

Al reunirnos en la tierra de María del Milagro, a cuya protección encomendamos este ENAC, quiero recordarles que también en el cielo de Salta resonó el sonido melodioso de la flauta (que después lo convirtieron en violín) de nuestro Patrono, San Francisco Solano, pero sobre todo se escucharon los acordes evangélicos de su voz. Que sea esa voz la que les dice: “¡Están en su casa, hermanos!” Permítanme hacerme eco de la misma y repetirlo: “¡Están en su casa!”

Mons. Mario Antonio Cargnello, arzobispo de Salta

JESUCRISTO

Mons. Juan Carlos Maccarone

I - Conocimiento y Memoria

- 1.- “Lo que existía desde el principio,
lo hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado
y lo que hemos tocado con nuestras manos
acerca de la Palabra de Vida,
es lo que anunciamos.
Porque la Vida se hizo visible,
y nosotros vimos y somos testigos,
y les anunciamos la Vida eterna
que existía junto al Padre
y que se nos ha manifestado.
Lo que hemos visto y oído,
se lo anunciamos también a ustedes,
para que vivan en comunión con nosotros.

Y nuestra comunión es con el Padre
y con su Hijo Jesucristo”

(1 Jn. 1,1-3)

Hermosa “memoria” de Juan, que es memoria de encuentro y experiencia de Cristo, que manifiesta y comunica como verdadero conocimiento “acerca de la Palabra de Vida”, “que se hizo visible”, es decir, de Cristo. Conocimiento de Cristo que compromete toda las facultades cognoscitivas del hombre, desde los sentidos hasta la contemplación.

Por ello, conocimiento que es encuentro y experiencia con aquello que se conoce, que es comunión con el Padre y con el Hijo, y que quiere expandirse en comunión con los otros (tensión misionera y catequística).

2.- El testimonio de los catequistas no es cualquier testimonio: es anuncio de Jesucristo para conducir a un mayor y cordial conocimiento creyente de todo hombre y mujer, niño, joven o anciano que se nos confía: “Se trata de hacer crecer, a nivel de conocimiento y vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del Bautismo”⁴, “tiende a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella”, y así, puesto en el seguimiento de Cristo, hecho su discípulo en la Iglesia, logre “aprender siempre a pensar mejor como El, a juzgar como El, a actuar de acuerdo a sus mandamientos, a esperar como El nos invita a ello”⁵.

3.- Por ello, la catequesis, y el catequista por título y deber propio, debe vivir en el encuentro y experiencia de Cristo, en la memoria de su misterio, que es acontecimiento único e irrepetible. La memoria cristiana, que se nutre del sentido de la memoria que viene de nuestros padres en la fe, el pueblo de Israel, no es simple recordación del pasado. Es actualización de los acontecimientos salvadores por el rito o el cumplimiento del mandamiento, es actualización de la gracia y de la libertad que Dios otorgó (Prologo histórico a la Alianza). Para Israel, hacer memoria es celebrar y cumplir en el hoy la gracia y la libertad que Dios, Yaveh, otorgó a su pueblo.

El “Hagan esto en memoria mía” (1 Co. 11,24), para proclamar “la muerte de Jesús hasta que vuelva” (1 Co 11,26), hace posible que el “coman” y “beban” sea participar del Señor mismo “del cuerpo del Señor” (1 Co. 11,29). Memoria, vemos, que es encuentro sponsal para hacer un solo cuerpo con el Señor mismo, a quien tenemos que dar a conocer.

Conocimiento, que es memoria de Cristo, no es siempre esfuerzo nuestro de recordar, sino acción propia de “Espíritu Santo”. Y según palabras de Jesús: “que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que les he dicho” (Jn 14,26). “Hemos recibido su unción, “la unción del que es santo” que nos dá a todos “el verdadero conocimiento” (1 Jn. 2,20).

4.- De este conocimiento, experiencia, encuentro, con Cristo, surge la pasión del catequista para anunciarlo y darlo a conocer, con todo los costos que un verdadero amor trae consigo: “todo me parece desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil. 3,8). Ya que la finalidad del servicio catequístico es “no solo poner en contacto sino es poner en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo El puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu Santo y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad” (Juan Pablo II, C.T., 5).

5.- Conocimiento que, como lo vengo diciendo, supone en el testigo de Cristo, encuentro y experiencia de su Persona, en su realidad más profunda, que se empezó a revelar en su vida

pública, y plenificada en Pentecostés (cf. R. Guardini, *la Imagen de Jesús en el Nuevo Testamento*, Buenos Aires, Ed. Lumen, 1992, pg. 14 ss).

Sabemos que el conocer que se da en un encuentro, no es simplemente información. Como leímos en la carta de Juan, compromete todas las facultades del hombre. Y comprende pasos o momentos diversos para llegar a la plenitud del conocimiento del otro o de los otros, del que luego podemos decir que tuvimos una verdadera experiencia.

Exige respectividad: mirar con atención y con la actitud de no poder disponer de él, de aquella persona que quiero conocer; el quererla conocer, no puede forzar su revelación; ella tiene que hacer “acto de presencia”, y hacer disponible el conocimiento de sí misma. Por ello, conocerla será resultado de su acto de amor, de entregarse para ser conocida (Demora pre-posesiva. Cf. Lain Entralgo, *Teoría y realidad del Otro*. Madrid, Alianza Editorial, 1983, *passim*).

También reciprocidad: a su oferta de ser conocido, la respuesta del sí que acepta esta apertura personal. Así, el encuentro es juego de libertades soberanas, e indisponibles, que hace del mismo siempre una experiencia de regalo, de gracia, de algo gratuito, fuente de mutua generosidad.

También intimidad: es conocimiento de lo propio de la persona conocida (no los medios, los actos, lo que hace, lo que dice, no es solo eso). Es su identidad más profunda, lo propio, que se revelará, que es comienzo y signo que aquella gracia primera del encuentro, que se colma en el amor de amistad. Que es amor sponsal, cuando se comienza a vivir la misma suerte del que se conoce. (Spendo).

Esto supone que también se tenga disponibilidad y/o docilidad (dejarme enseñar y conducir por el otro); diálogo: escucha y respuesta; generosidad (dar tiempo, que es dar la vida para que la “revelación” se produzca); esperanza: toda persona es más de lo que se ve, y aún lo que ella dice de sí misma: es el hombre y la mujer posible que en la historia tendrá lugar su plena manifestación; por eso exige “fidelidad” para dejarla ser, como en el matrimonio.

6.- El conocimiento de Cristo que revelan los cuatro Evangelios, vemos que incluyen estos momentos o itinerario cognoscitivo que permite a los discípulos conocer paulatinamente, y que da lugar a decir a Juan: no solo conocer al Padre y al Hijo; es más: es estar en comunión con ellos.

Tenemos que decir que a Jesús no se llega verdaderamente sino por la fe, nueva forma de conocer, como aparece en la escena de Cesarea de Filipo (Mt. 16, 13-20 leer-). Jesús no es lo que se esperaba: “Juan Bautista, Elías, o Jeremías, u otro profeta”. Jesús no es la expectativa. Es más aún de lo que puede ser muy grande: “¿no será este el Hijo de David?” (Mt. 12,23), a lo que Jesús responde: “aquí hay alguien que es más que Salomón” (Mt 12,42). Enseñaba Juan Pablo II:

“¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los “suyos”: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy?” (Mt. 16,15). Solo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega al corazón, yendo a la profundidad del misterio: “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt. 16,16)⁶

Y, cómo llegó Pedro a esta fe: “No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16,15)

Es la gracia de la revelación que viene misteriosamente del Padre: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn. 6,44).

Ya habíamos adelantado que el conocimiento personal, de la persona, es algo indisponible y depende de la decisión de la persona de revelarse (cf. n.5).

7.- ¿Cómo hacemos ahora nosotros esta experiencia de encuentro para el conocimiento de Cristo?

En la Sagrada Escritura.

Dice Juan Pablo II en NMI, hablando de anunciar y contemplar el “Rostro” de Cristo:

“La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: « Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo » (8). Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles (cf. ibíd., 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. 1 Jn 1,1). Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible.

En realidad los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús según los cánones de la ciencia histórica moderna. Sin embargo, de ellos emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro, pues los evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables (cf. Lc 1,3) y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial”.⁷

8.- En la Liturgia

El Concilio Vaticano II, en la Constitución de la Sagrada Liturgia, nos dice:

“Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió : " Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos " (Mt., 18,20).⁸

Es experiencia de Cristo en el misterio de su entrega y resurrección victoriosa, y no hay otro encuentro cristiano que lo pueda superar. No necesariamente “entendiéndolo”, sino gozándolo y dejando que la eficacia de los sacramentos abra el corazón y la mente, como hacía la Catequesis mistagógica: no se puede entender lo que no se participa. ¡Cuidado con cierto pelagianismo!

catequístico que cree más en la eficacia de las predisposiciones, las instrucciones del saber transmitido, y no en la arrollante eficacia del amor de Cristo que está en la Liturgia.

9.- En los hermanos, los pobres y sufrientes

Nos dice Juan Pablo II en NMI:

“Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: « He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme » (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo”.⁹

Ahora bien, para que este encuentro en los hermanos sea verdadero encuentro con Cristo, y no mera filantropía o desarrollo social, debe alimentarse de la Eucaristía. Justamente Jesús se mostró servidor en la última cena, con lo que expresaba el gran servicio de la redención humana: Vencer el pecado que es la causa de toda injusticia.¹⁰

II - ¿Quién es Jesucristo?

A Qué dicen de El

10.- La expectativa de Israel era la llegada del Mesías, el Ungido, el Cristo, “que fuera él quien liberara a Israel” (Lc. 24,21). Y así se interrogan viendo la autoridad y poder de Jesús: “¿No será este el Mesías?” (Jn 4,29). “¿No es el Hijo de David?” (Mt. 12,23) Y sabemos de la solemne respuesta de Pedro en San Marcos: “¿Quién dicen ustedes que yo soy?” (Mc. 8,29) y Pedro responde enfáticamente: “Tú eres el Mesías” (Mc. 8,29).

Para Israel, Mesías era ungido, y por ello, también era el rey, y desde la profecía de Natán, era descendiente de David (2 Sam 7,12-16). Los salmos reales hablaron y cantaron su gloria, sus luchas, como lo expresa el salmo 2do. La esperanza judía de liberación, se hacía fuerte en estos textos sagrados, sobre todo en la época contemporánea a Jesús, y particularmente en la secta de los fariseos.¹¹

Jesús jamás se da este título: sólo en forma reservada con la samaritana (Jn. 4,25 ss); es más, desconcierta cuando se aplica a sí mismo la profecía del Ungido de Dios (Lc. 4,16-30) eludiendo la referencia a los enemigos de Israel, con los cuales lucharía el Mesías.

11.- También lo tenían y/o lo pensaban como un Profeta; el profeta escatológico, el que tenía que venir al final de los tiempos: “Eres tú el que ha de venir o hay que esperar a otro” (Mt. 11,3); o después de la resurrección del hijo de la viuda: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo” (Lc. 7,16).

Cuando El le pregunta a los discípulos qué dice la gente de él, ellos responden: “Unos Juan el

Bautista, otros Elías; otros, que uno de los profetas que ha resucitado” (Lc. 9,18.19; Mt. 16,13). Era el antecedente de la llegada del Mesías, su presencia era la inminencia de la llegada del Ungido.

Jesús rechaza estas identificaciones: ni quiere que se lo confunda con un profeta taumaturgo, hacedor de milagros (los hace con discreción!). A los Hasidim se les atribuía hacer milagros o curaciones en nombre de Salomón. Tampoco admite que se lo comprenda como profeta escatológico. Jesús se distancia, y señala a Juan Bautista como ese profeta:

“El es aquel de quien está escrito:

Yo envío a mi mensajero delante de ti

Para prepararte el camino”...

Porque todos los profetas, lo mismo que la Ley, han profetizado hasta Juan. Si ustedes quieren creerme, él es aquel Elías que debe volver; el que tenga oídos, que oiga”

(Mt. 11,10,13-14)

Oír ¿qué?: En Jesús hay más que profecía y ley, o sea, el Antiguo Testamento. Es la novedad, es otro comienzo, es un principio nuevo, por lo que él mismo es, y que revelará.

B - Cómo habla El

12.- Cuando comenzamos a escuchar su enseñanza y su manera de hablar, desconcierta, no es lo esperado, y en el fondo, sus palabras son misteriosas y contradictorias al pensar correcto o de acuerdo a las expectativas; lo paradójal de sus palabras revela o anuncia el misterio de su persona, de lo contrario, son inaceptables.

13.- Hay un hablar de Jesús que replantea la supuesta cordura en el entender la condición humana. No son solo palabras de “un sabio” o “maestro” invitando a un mejoramiento progresivo de su condición. Sus palabras implican verdaderas rupturas. Por ejemplo:

“No piensen que he venido a traer la paz sobre la tierra. No vine a traer la paz sino la espada. Porque he venido a enfrentar al hijo contra el padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra, y así el hombre tendrá enemigos en su propia casa. El que ama a su padre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”. (Mt. 10,34-35)

Son palabras de Jesús que dislocan la organización social natural, fundada en relaciones de sangre o afecto. Lo que parece y es justo, no tiene importancia para él.

Como sucede con los trabajadores de la viña, que reciben el mismo pago los llamados a última hora y los que comenzaron temprano, a lo que afirma enfáticamente:

“Así los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos” (Mt. 20,16)

Pero no solo relaciones de justicia, sino también un dar vueltas lo que parecen ser el respeto a la legítima jerarquía:

“Entre ustedes... el que es más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor” (Lc. 22,26).

14.- El desconcierto que crean estas palabras, se hace más agudo cuando se refiere a la situación del hombre y mujer en sí mismos, y la realización desde la vida personal, y que lo llamamos y

comprendemos rectamente como felicidad: Jesús llama felices a los infelices en ese mensaje, que es el centro de su evangelio, que son las Bienaventuranzas.

Cuando uno las repasa y las medita, y deja que las mismas nos interroguen, tanto en Mateo como en Lucas, parece que detrás de ese tejido de proposiciones increíbles, hay otra “razón” o pensamiento que no es el nuestro, y que tendría otra “cordura”. Aparece necesario para entenderlo una clave distinta de interpretación, para no caer en el escándalo.

Y el escándalo de las Bienaventuranzas no viene solo por la oposición entre la vida que se ve, y lo invisible que puede ser o será. Es el interior de nuestra vida que está puesta esa paradójica situación de felicidad:

“Bienaventurados los que lloran... los que tienen hambre y sed... los que son perseguidos y cuando se los calumnie en toda forma... (Mt. 5, 5.10).

O según San Lucas:

“Bienaventurados los pobres... los que tienen hambre... los que lloran... Bienaventurados ustedes cuando los hombres los odian, los excluyen, los insultan y los proscriben, considerándolos infames... Alégrese y lléñese de gozo en ese día... (Lc. 6, 20-23)

En estas palabras, Jesús trastoca nuestros sentimientos, ya que hace feliz lo que es causa normal de tristeza.

También las paradojas alcanzan a los sentimientos que nos vinculan con las personas:

“Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian. Bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman. Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Dale a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames... Si aman a aquellos que los aman, ¿qué mérito tienen?... Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio (Lc. 6,27-32.35)

La última frase, hace añicos la justa reciprocidad, más allá de los sentimientos justos y la misma justicia.

15.- Cuando queremos saber por qué estos cambios paradójicos en las relaciones naturales, en los sentimientos, en los poderes jerárquicos, en la felicidad, en las relaciones sociales y afectivas, se presenta El mismo como la causa o el fundamento de esas nuevas relaciones, o si se quiere, esa nueva forma de ser hombre y mujer que parecieran exige un nuevo nacimiento, un nuevo principio. Y atender bien: no son indicaciones de nuevos “criterios de vida” o escala de valores. Implica algo más, y la primera respuesta es El mismo: “Bienaventurados serán cuando los insulten y persigan a causa de mí” (Mt. 5,11-12) o “a causa del Hijo del hombre” (Lc. 6,22-23)

O, como lo requerirá a todo aquel que quiere ser su discípulo: debe “tomar cada día la cruz y me debe seguir” (Lc. 9,23), porque aquel que “quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la guardará” (Lc. 9,24 y paralelos)

¿Porqué este absoluto “por mí”? ¿Quién es Él que así se pone como nuevo principio de vida, con todo aquel cambio de actitudes, de afectos, de relaciones y de sentimientos?

Por eso, la multitud sospecha algo distinto en su misma persona:

“¿Qué es esto? Enseña de una manera nueva, llena de autoridad...! (Mt 1,27)
“Quedaron asombrados de su Doctrina, porque hablaba con autoridad” (Lc. 4,32)

La doctrina que enseñaba replica sobre su Persona, sobre el misterio de su persona, de donde emerge con toda exigencia el nuevo modo de ser, vivir y sentir, la condición humana. Por ello sin duda: ante Jesús, “la fe o el escándalo” (R. Guardini)

16.- Esa autoridad la comienza a revelar Jesús, en la auto revelación de su personalidad más profunda, en la velada autodefinición que El es Hijo del hombre.

Este personaje aparece en la Profecía de Daniel (7,13-14) con sentido mesiánico, pero perteneciente al mundo superior y celestial. Este carácter lo acentuaron los escritos extrabíblicos (de datacim (fecha) diversa: previos al Nuevo Testamento, o durante, o posterior a Jesús).

Este ser misterioso tendría las características de estar escondido en Dios antes de la creación y para siempre, bajará a la tierra como revelador de los misterios de Dios, luz para todos los pueblos, esperanza para los que sufren, juez y soberano de todos los hombres (así I Enoc, “de los Pueblos”, y más escueto IV Libro de Esdras).

Solo Jesús usa este término, así se nombra a sí mismo, refiriéndose a su actividad en la tierra, respecto a la pasión y resurrección, con respecto a la gloria. En los 4 evangelios aparece 82 veces, y en el recuerdo de los evangelistas su primera persona (“yo”) aparece reemplazado muchas veces por el uso del “Hijo del hombre”:

“Bienaventurados serán ustedes cuando los injurien... por mi causa” (Mt. 5,11)

“Bienaventurados... por causa del Hijo del hombre” (Lc. 6,22)

Cuando le dice al paralítico “tus pecados son perdonados”, los escribas decían que blasfemaba. Jesús les dice: “Porqué piensan mal... para que ustedes sepan que el Hijo del Hombre (o sea, yo) tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados dijo al paralítico levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mt. 9,2-7).

Cuando anuncia su pasión, misteriosamente es la pasión de este ser lleno de poder, que se identifica con el Hijo del hombre: “El Hijo del hombre va a ser entregado a manos de los hombres y al tercer día resucitará” (Mt. 17,22).

“El Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado... pero, ¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado” (Mt. 26,2.24).

En el Sanedrín, el Sumo Sacerdote le pregunta: “te conjuro por el Dios vivo que me digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le respondió: Tú lo has dicho. Además, les aseguro que de ahora en adelante verán al Hijo del hombre sentarse a la derecha del Todopoderoso y venir sobre las nubes del cielo”.

Y el sumo sacerdote dice rasgándose las vestiduras: “Ha blasfemado” (Mt. 26, 63-64.65), se ha atribuido un carácter superior, divino.

Jesús, usando este nombre, no encierra su mesianismo simplemente como descendiente de David y solo para Israel; su servicio es a todas las naciones, por su origen superior. Por ello, congrega, perdona, juzga, revela; su venida no es la de un simple profeta o un precursor: su venida y presencia es culminación, es acontecimiento final, es escatológico.

Su palabra y doctrina son definitivos, y no son simple mejoramiento o rectificación de una enseñanza anterior. Es nueva y desconcertante. Es principio de algo nuevo y de la novedad de

aquellos que la escuchan y siguen. Por ello Jesús, es “Autor y Consumador de nuestra fe” (Heb. 12,2).

C - Qué dice de sí mismo

17.- Como hemos meditado, la expresión de Jesús “Hijo de Hombre” alude a alguien grande y misterioso, pero no termina de expresarlo. Nos pone en expectativa, a la escucha posible de una palabra que no solo surgirá de la intimidad, sino que revele la intimidad como lo vemos en todo encuentro personal-.

Y para esta palabra, Jesús prepara por decirlo así- el corazón de sus oyentes:

“Que fueron a ver al desierto hablando de Juan Bautista- ... ¿un profeta? Les aseguro que sí, y más que un profeta. El es aquel de quien está escrito: “Yo envío mi mensajero delante de ti, para prepararte el camino!”. Les aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él... Porque todos los profetas, lo mismo que la Ley, han profetizado hasta Juan. Y si ustedes quieren creerme, él es aquel Elías que debe volver”
(Mt. 11. 7.9.10-14)

Jesús habla de un fin, un tiempo que acabó y uno que se inicia; el punto final es la persona de un hombre, que es el más grande de todos, quizás, Elías, que es Juan Bautista. Pero ahora hay otra cosa; quien llegó no está en la sucesión mejorada de lo anterior; lo anterior terminó: la Profecía y la Ley (¡que eran Palabra de Dios!).

18.- Ese nuevo comienzo es El mismo. Oigamos con unción un texto del Evangelio, anterior a los mismos Evangelios escritos, cuya autenticidad es innegable: “Es el Evangelio del Evangelio”, según San Francisco de Sales:

“En esa oportunidad, Jesús dijo:
Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos
y las has revelado a los sencillos.
Sí, Padre, porque así ha sido tu agrado.
Todo me ha sido dado por mi Padre,
y ninguno conoce al Hijo sino el Padre,
ni nadie conoce al Padre sino el Hijo
y aquel a quien el Hijo quiere revelarlo”

(Mt. 11,25-27)

Jesús alaba al Padre por los sencillos que recibieron su Evangelio, ya que la “sabiduría”, desde la Ley y los Profetas, no fue capaz de entender la novedad.

“Porque así ha sido tu agrado”: es voluntad del Padre, Dios, su querer, su amor y benevolencia: “No temas, pequeño Rebaño, porque el Padre de ustedes ha querido darles el Reino” (Lc. 12,32); el Padre “ha querido”, o se “ha complacido”, la misma complacencia, que es un querer gozoso que tiene en su Siervo, mejor, su Hijo: “Este es mi Hijo muy querido, en quien me complazco” (Mt. 3, 17). Todo el misterio de la revelación y salvación proceden de este Principio sin principio, generosidad pura y sin límites del Padre que “está en el cielo” (Mt. 6,9).

19.- “Todo me ha sido dado por mi Padre” (v. 27). Expresión que la sentimos resonar como palabras testamentarias, al llegar Jesús al fin de su vida: “Sabido Jesús que el Padre había puesto todo en sus manos y que él había venido de Dios y volvía a Dios” (Jn 13,3). Revelan la intimidad de vida de Jesús, como Hijo en el Seno del Padre, intercambio de la propia vida, de

conocimiento y de poder, que es exclusivo ya que es “todo” (otro no tiene parte); y es más que el intercambio de confianza de amigos, porque la relación es con aquel que es su principio paterno, como se verá a continuación.

20.- “Y ninguno conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo” (v. 27)

Conocimiento, en el lenguaje de Jesús, es algo más que nocional, como cuando hablamos nosotros de encuentro y experiencia. Es pura presencia frente al cual nadie lo iguala; es exclusivo de cada uno de ambos cognoscentes; de cada persona: del Hijo y del Padre. Ambos están señalados con sentido absoluto: no “como un Hijo”, “como un Padre”, sino simplemente Hijo-Padre, con soberanía, es decir, capacidad para disponer sobre aquello que se comunica: el mutuo conocimiento.

21.- “Y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo” (v. 27)

El poder revelar y la complacencia del Padre está en manos del Hijo, está en su querer, con lo cual se iguala al querer originario del Padre. Querer del Hijo que siempre coincide con la Voluntad Paterna: “Solo el que hace la voluntad de mi Padre... ese es mi hermano” (Mt. 12,50), “Padre mío,.... no sea como yo quiero, sino como (quieres) tú” (Mt. 26,29)

Conocimiento y revelación de la persona del Padre, que es revelación del ser de Jesús como Hijo Único del Padre, que no solo se manifiesta cercano a los sencillos sino plenamente hombre, en el latir de su corazón plenamente humano, “manso y humilde” (Mt. 11,29).

Por ello Jesús exclamará (según san Lucas):

“Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron, oír lo que ustedes oyen y no lo oyen” (Lc. 10,23-24)

“Oír” al Hijo y no al profeta o maestro de la Ley; “ver”, ya que El “que era de condición divina, no consideró esta igualdad como algo que debía guardar celosamente... haciéndose semejante a los hombres” (Fil. 2, 6.7). Por ello, “Quien me ve a mí, ve al Padre, y nadie va al Padre sino por mí” (Jn. 14,9); Porque: “Esta es la Vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo” (Jn 17,3).

22.- Y en el amor tierno y servicial de Jesucristo, se revela la benevolencia y complacencia del Padre con los pequeños, con palabras que cierran este “Evangelio” de los Evangelios:

“Vengan a mí todos los que estén afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana” (Mt. 11,28,30).

Las paradójales y desconcertantes exigencias de las palabras de Jesús en las Bienaventuranzas, el cambio de relaciones y afectos que ellas exigen, como las relaciones familiares y sociales que aparecieron trastocadas por Jesús, se resuelven solo en el misterio de su persona, en donde la grandeza del Hijo de Dios palpita en el corazón humano de Jesús, para aquel, eso sí, que se anima a cargar con su yugo, su ley, y/o su mismo destino.

23.- Solamente en la aceptación de la soberanía única y exclusiva del Hijo, que es Jesús, aquellas palabras se pueden entender. Y lo que él propone no es solo nueva doctrina, solo una nueva ley, menos una novedosa escala de valores; El propone su propia persona que debe ser aceptada. Porque lo que revela es Dios mismo, la única esperanza de los pobres de espíritu, a los que “pertenecen el reino de los Cielos”, donde “verán a Dios” los puros de corazón (Mt. 5,3.8)

“Porque la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo Único, que está en el seno del Padre”.

(Jn. 1, 17-18)

24.- El Hijo Único, revelando a su Padre, se revela a sí mismo, como igual a Dios. Y lo hace justamente en el mismo momento, cuando más hombre se revela y se muestra: arrojado al misterio de la muerte. Como aparece orando en el monte de los Olivos: “¡Padre! (Abba), Si quieres, aleja de mí este cáliz”. (Lc. 22,42). Como también exánime en la cruz: “¡Padre! (Abba) En tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró” (Lc. 23,46).

Manifestación de su divinidad en la experiencia más profunda de ser hombre, como ya lo había anunciado solemnemente a los judíos que discutían sus pretensiones:

“cuando ustedes hayan levantado en alto al Hijo del Hombre, entonces sabrán que Yo Soy” (Jn. 8,28).

“Yo Soy”: que es el nombre de Dios: Yaveh, “Yo soy el que soy”, revelado a Moisés, amigo y confidente (Ex. 3,14).

Es Jesucristo el Hijo Único, que “presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz” (Fil. 2, 7.8).

25.- Las paradojas de sus exigencias, se iluminan con la revelación paradójica de su propia persona, confirmando el Padre, al que obedece, sus inaccesibles pretensiones, como aparece en la primera confesión de fe de Pedro, después de Pentecostés:

“A este Jesús, Dios lo resucitó y todos nosotros somos testigos. Exaltado por el poder de Dios, él recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen. Porque no es David el que subió a los cielos; al contrario, él mismo afirma: 'Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga a todos tus enemigos debajo de tus pies! Por eso, todo el Pueblo de Israel debe reconocer que a ese Jesús que ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor (Kyrios) y Mesías” (Hch. 2,32-36).

III - Experiencias del Encuentro con Jesús en el Nuevo Testamento

26.- Hemos dicho que conocer a Jesús significa en realidad encontrarse con El. Ahora propongo algunos encuentros que hallamos en los Evangelios, para que meditándolos, revisemos nuestro encuentro personal con el Señor, que es lo que nos legitima como catequistas.

Sugiero algunos ejemplos de la experiencia pre-pascual y pascual de Jesucristo.

27.- Experiencias de encuentro y conocimiento de Jesucristo pre-pascuales:

Jn. 1, 19-51: Los discípulos de Juan Bautista

Jn. 4, 1-41: La Samaritana.

Jn. 9, 1-40: El ciego de nacimiento.

Mc. 16, 13-28: Pedro y los discípulos.

Lc. 19, 1-10: Zaqueo

28.- Experiencias de encuentro y conocimiento de Jesús resucitado:

Lc. 24, 13-35: Discípulos de Emaús

Jn. 20, 19-29: Discípulos reunidos

Jn. 21, 1-19: Pedro en el Tiberíades

La lectura, aunque sea comunitaria, debe ser personalizada. Leído un texto, hacerse la pregunta cada uno, no solo sobre “lo que dice”, sino “qué me dice”, y “qué le digo”. Porque en cada experiencia de encuentro hay una revelación de Jesús, pero a cada uno, y un compromiso para cada uno (desde la conversión, hasta la misión, con diversas experiencias humanas de reconocimiento de la propia situación de vida y de ruptura como consecuencia).

29.- Para la reflexión, puede servir la enseñanza de Juan Pablo II en:

a) Ecclesia in America:

capítulo I, “El encuentro con Jesucristo vivo”, nn. 8-9

b) Novo Milenio Ineunte:

capítulo II: “Un rostro para contemplar”, nn. 16-18

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (6,54-69)

“En aquel tiempo decía Jesús en la sinagoga de Cafarnaún:

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente”.

Jesús enseñaba todo esto en la sinagoga de Cafarnaún. Después de oírlo, muchos de sus discípulos decían «¿Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?»

Jesús, sabiendo lo que sus discípulos murmuraban, les dijo: «¿Esto los escandaliza? ¿Qué pasará entonces, cuando vean al Hijo del hombre subir donde estaba antes? El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve. Las palabras que les dije son Espíritu y Vida. Pero hay entre ustedes algunos que no me creen»

En efecto, Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar. Y agregó: «Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se los concede»

Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de él y dejaron de acompañarlo.

Jesús preguntó entonces a los Doce: «¿También ustedes quieren irse?»

Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabra de Vida eterna.

Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios».

Homilía de Mons. Armando Uriona - Obispo de Añatuya

**Queridos hermanos Obispos, sacerdotes,
y consagrados,
Queridos catequistas:**

Hoy Jesucristo nos convoca en este ENCUENTRO NACIONAL DE CATEQUISTAS que celebramos como región.

Participar de un encuentro masivo siempre supone varias cosas: ante todo una cuota de sacrificio y esfuerzo, una preparación adecuada, una disposición a la escucha y al aporte personal, y un gran deseo de encontrarnos con Jesucristo manifestado en el rostro de nuestros hermanos.

En estos días reflexionaremos acerca de la identidad del catequista y creo que, en esta primera Eucaristía, podemos enfocar esta temática dejándonos iluminar por el texto evangélico que acabamos de escuchar, donde se nos revela un aspecto del ministerio de Jesucristo particularmente acorde con este Año de la Eucaristía que estamos celebrando.

Es un pasaje del discurso en la sinagoga de Cafarnaún después de la multiplicación de los panes, en el cual se revela como *“el verdadero pan de vida, el pan bajado del cielo para dar vida al mundo”*.

Los oyentes no lo entienden porque Jesús habla de una manera espiritual y ellos lo entienden de una manera material. Se dan como dos niveles de lenguaje.

Esto hace que todos abandonen a Jesús. El mismo auditorio que, poco tiempo antes fascinado por la multiplicación de los panes, quería hacerlos rey ahora, esa multitud “decepcionada” lo abandona: *“Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?...”*

Sólo queda un pequeño grupo de discípulos más fieles, pero Jesús no les ruega que se queden sino que también los prueba a ellos diciéndoles: *“¿Ustedes también se quieren ir?...”* respondiendo Pedro, en nombre de los demás: *“¿a quién vamos a ir? Tú sólo tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios”*

Este Evangelio, duro y exigente, nos enseña que el que quiere seguir a Jesucristo, el que quiere ser un auténtico catequista:

- 1. “Ha de vivir de FE”:** Creer en Jesús supone aceptar su Palabra, aunque a veces no la entendamos, aunque sea dura, exigente y no halague nuestros oídos. Ello supone el contacto reflexivo y asiduo con el Evangelio a fin de hacerlo “carne” en nuestra conducta de vida. Por ello me pregunto: *¿Qué lugar tiene en nuestro día la Palabra de Dios? ¿Leo y medito el Evangelio como alimento de mi vida? ¿Confronto mi quehacer cotidiano con esa Palabra que ilumina, consuela y también exige?...;* porque la Palabra de Jesús es siempre incómoda, desinstala, me cuestiona mis esquemas egoístas *¿Cuál es mi respuesta ante la Palabra que me interpela?:* es la de Pedro, el cual se adhirió desde la fe aún sin comprender... , o la de los judíos, que se fueron porque “era duro ese lenguaje”... Un catequista, insisto, ha de vivir la Fe y, por tanto, ha de buscar todos los medios para fortalecer su fe, constantemente amenazada: la oración, el sacramento de la reconciliación, la Eucaristía, el compartir nuestras vivencias con los demás..., son todos medios para fortalecer la fe ante la avalancha de incredulidad que nos acecha.
- 2. El Amor:** Pero hay un elemento más... Si Pedro pudo responder así a Jesús, si pudo hacer ese maravilloso acto de fe, es porque amaba con locura a Jesús. Para poder creer en Jesús y aceptar su Palabra debo aprender a amarlo siempre, en las buenas y en las malas; no sólo cuando estoy bien, con todas pilas y lleno de vitalidad, sino también en los días grises, cuando experimento angustia, pesadez, desgana... La fe, sin el amor que se concretiza en la entrega y el servicio a los otros queda empobrecida, le falta lo más importante. La fe que reside en la inteligencia ha de hacer el largo recorrido unos 30cm.- hasta llegar al corazón, el centro de todas nuestras opciones. Ha de estar informada por la CARIDAD, es decir, el Amor de Dios derramado en nuestros corazones. El Amor hace más fácil las

cosas: si tengo amor prepararé el encuentro catequístico con más ganas, podré transmitir los contenidos de fe de una manera más atractiva, se dará un intercambio con los catequizandos que irá de de corazón a corazón...

Concluyendo...

Como catequistas repitamos junto con Pedro: ¿adónde vamos a ir?... sólo Vos Señor tenés palabra de vida eterna, sólo vos sos el SEÑOR, sólo vos das sentido a mi ser cristiano y catequista...

Que María, la Mujer de Fe y que supo Amar a su Hijo como nadie jamás lo hizo, nos conceda la gracia maravillosa de la adhesión a la Persona de Jesucristo, el cual nos llama a ser catequistas idóneos, portadores auténticos de su mensaje.

*Mons. Armando Uriona - Obispo de Añatuya
E.N.A.C. Salta, Septiembre 2005*

Jesús es el Señor: con alegría lo anunciamos

*“Quien se adentra en el gozo está perdido.
La alegría sólo tiene una puerta
que es la puerta de entrada.”
(Luis Rosales)*

El catequista que ahonda en el mensaje del Evangelio es quien comparte el kerigma, no sólo como anuncio sino como vida, metido en la comunidad apostólica, vive la alegría de Cristo muerto y resucitado.

Pablo VI veía necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y la satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio¹².

“... Jesús se subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla, después se sentó y enseñaba a la multitud desde la barca. Cuando terminó de hablar dijo: navega mar adentro y echen las redes...”¹³

Hoy más que nunca necesitamos navegar mar adentro; dentro de nosotros mismos, pero navegar con un rumbo. Navegar mar adentro, hacia las profundidades de nuestro corazón, solo podemos hacerlo con la gracia de Dios, si ella faltase es como si se nos rompe un remo; con uno sólo damos vueltas en círculo, si se rompen los remos perderíamos el rumbo para terminar echando las redes en aquellas zonas donde esta la nada.

La misión nace de un profundo amor a Jesús, un animarnos a "navegar mar adentro" para luego "echar la red". Al navegar mar adentro vamos participando de la compasión de Jesús por todos los hombres que no saben hasta que punto Dios los ama, o aún sabiéndolo no responden a tanto amor. Esta compasión se vuelve misionera. Lleva al creyente a revisar la propia vida, a

dejarse convertir para que todo gesto, toda relación con los demás hombres se convierta en anuncio de este amor de Dios. El fondo de la misión lo constituye el mundo, visto como realidad puesto bajo el dominio del mal, pero susceptible también a ser llamado a la fe.

El Evangelio tiene que ser anunciado a cada persona, porque Jesús es la verdad del hombre, él ha recibido *"todo poder en el cielo y en la tierra"*; y no temió acercarse a escuchar a todo hombre, compartió cada acontecimiento humano, lo vivió intensamente, y lo abrió plenamente al designio de Dios para que: *"el hombre se convierta y viva"*, como decían los Padres de la Iglesia. Cada hombre tiene que saber esto para poder unir su vida a la propia vida de Jesús, encontrando en ella la Verdad y la Salvación.

La fuerza interior del Evangelio viene de aquel que es anunciado con alegría, él es la **Buena Noticia: Jesucristo, que es la salvación de todos los hombres**. En los cinco discursos del apóstol San Pedro narrados en los Hechos de los Apóstoles, se repite continuamente la afirmación de que Cristo crucificado y resucitado fue constituido por Dios, Señor y Salvador: *"Porque no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación"*¹⁴.

La Iglesia apostólica no se deja tentar hablando de sí misma y de sus propios problemas: resuelve sus gravísimos problemas predicando a Jesucristo, su vida entre la gente, su muerte y resurrección.

San Pablo nos enseña a entrar en el gozo de la Nueva Alianza. El había conocido a Cristo "según la carne", como el dice, y veía en sus seguidores un enemigo al que hay que combatir y exterminar, y por la misericordia del Señor, pasa a conocerlo según el Espíritu. El camino de Damasco no es sólo un cambio de vida, es encontrar la verdadera alegría de la Vida en el Resucitado: *"Cuando fui a ustedes, no fue con el prestigio de la palabra o de la sabiduría sino a anunciarles el testimonio de Dios, pues no quise saber entre ustedes sino a Jesucristo y este crucificado"*¹⁵

El apóstol de las gentes, en su ministerio contagia y comunica la alegría de la fe, pues los sufrimientos del "navegar mar adentro" de la misión, se convertirán en torrente de gloria. Como buen pastor no quiere que sus comunidades se entristezcan por sus sufrimientos, sino que los invita a compartir la alegría en el Resucitado: *"Y aunque deba dar mi sangre y sacrificarme para celebrar mejor la fe de ustedes, me siento feliz y con todos ustedes me alegro; y también ustedes han de sentirse felices y alegrarse conmigo"*¹⁶

Estar asociado a la misión de Jesús, estar en comunión con la Iglesia, nos debe ayudar a recuperar la alegría del anuncio. Como catequistas nos toca de cerca acompañar y consolar tantas dificultades e injusticias vividas por nuestra gente, por nuestros niños y adolescentes, familias, especialmente las que sufren pobreza y miserias de todo tipo, ellas también nos animan a la alegría de celebrar al Resucitado en los acontecimientos de la vida. La siembra del Reino, es decir, engendrar, dar a luz a Cristo Resucitado en nuestras comunidades, no puede hacerse sin sacrificio, incomprendidos y heridos; pero también el Señor nos colma de alegría ante el gozo del fruto maduro, que como catequistas palpamos a diario, en la conversión de las almas; aunque la cosecha le pertenezca al Resucitado, nosotros compartimos, desde ahora, con El, esta alegría del Reino¹⁷.

Sabemos que la siembra es compartida, con tantas hermanas y hermanos; que la alegría del Evangelio es gozo de los pobres y perseguidos *"Bienaventurados los pobres... los*

perseguidos... ” los sencillos, los misericordiosos, quienes recibieron la alegría de la salvación , ellos nos enseñan muchas veces que estamos llamados a entrar en sus actitudes para abrirnos, una vez más, y celebrar los valores del Reino, aun en estas circunstancias difíciles en que nos toca catequizar, con la esperanza puesta en el Resucitado.

Pablo VI nos lo recordaba: La alegría cristiana supone un hombre y una mujer capaz de alegrías naturales. Frecuentemente ha sido a partir de éstas realidades como Cristo ha anunciado el Reino de los Cielos¹⁸.

La alegría se manifiesta también en la comunitariedad, y Juan Pablo II nos dejó acuñada esta valiosa expresión de **“espiritualidad de la comunión”**: significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del cuerpo místico y por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una sincera y profunda amistad¹⁹.

En el desafío del anuncio podemos tener la tentación del repliegue hacia los que más nos escuchan, o en los que hemos impactado por nuestra simpatía o carisma, el repliegue hacia los noventa y nueve que ya están al resguardo, y no haber entendido que el anuncio es riesgo, que se nos pide catolicidad, universalidad, catequistas para todos y hacia todos, especialmente a los lejanos, a los que damos por descarte, a los que no se vienen a inscribir a la parroquia, a los chicos con capacidades diferentes...

El riesgo apostólico supone adentrarse en lo profundo donde ya no somos protagonistas del grupo, sino que corremos la frontera del anuncio, a los que no nos conocen, no nos ponderan, donde el remar tiene momentos de soledad y la pesca es escasa. Donde se percibe más el gusto salado de las lágrimas que el mate dulce del círculo conocido. Nos ilumina en este sentido Catequesis tradendae *“Vivimos en un mundo difícil en el cual la angustia de ver que las mejores realizaciones del hombre se le escapan y se vuelven contra él, crea un clima de incertidumbre. Es en este mundo donde la catequesis debe ayudar a los cristianos a ser, para su gozo y para el servicio de todos, luz y sal”*²⁰.

Otra tentación que nos propone la sociedad exitista, es la del marketing donde todo se maneja con resultados encuestables. Muchas veces he contado esa parábola narrada por un abad japonés: El cuenta que una paloma blanca vio el bosque en llamas y comenzó a llevar agua en su pico, pues no podía permanecer quieta ante aquella terrible situación, dice textualmente: *“con una irrepetible compasión empezó a volar desde el fuego hasta el lago que había lejos, para transportar unas gotas de agua cada vez. Antes de que pasase mucho tiempo, las energías abandonaron a la paloma, que cayó muerta al suelo, sin haber alcanzado ningún resultado tangible”*.

Queridos Catequistas, qué enseñanza hermosa nos deja esta parábola al saber que tenemos que sembrar siempre y que no es nuestra la cosecha. Saber combatir la tentación de la “eficacia y el éxito del mercado”, con la espera confiada, que es una de las notas de la esperanza cristiana. La paloma no alcanzó ningún resultado aparentemente, pero en realidad, nos habla del coraje ante la adversidad del apostolado, nos habla de constancia ante el cansancio y el no tener resultados a la vista; nos habla de fortaleza de espíritu para aportar lo poco que tengo, lo que puedo por el Reino, aún cuando no puedo apagar sólo el incendio. Aportar cuando muchos callan, aportar para el anuncio del evangelio, para formar opinión, aportar para dar testimonio de Cristo en la Iglesia y en el mundo.

Aportar para que otros, al ver el aparente fracaso del vuelo blanco sobre el bosque ardiendo, recuerden a aquél que en la apariencia inútil de crucificado nos estaba hablando de **la vida y Vida en abundancia, de la Vida del Reino desde la espera confiada de Resucitado**.

La experiencia de la alegría del Resucitado no encierra, sino que abre, dinamiza, atrae, trasciende, transfigura, pero: para transfigurar, para abrirnos al camino del amor, para consolar con el mismo consuelo que hemos recibido. Debemos “curar” y “vendar” muchas heridas, de todo tipo, y, al decir de San Agustín, no porque nos vayan a faltar las tribulaciones, sino porque Dios no permitirá que la prueba supere sus fuerzas, eso es, efectivamente, vendar las heridas.

La alegría en el Resucitado transforma el corazón del catequista, le ayuda a disponerse al encuentro catequístico con horizontes de esperanza y de espera confiada, como el padre de la “parábola del hijo pródigo”, que oteaba el camino con horizontes de Dios, esperaba sin acobardarse, con constancia, con aguante, como en la familia...

Porque esta alegría, como decía el Papa Montini: Es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del ánimo de Jesús glorificado. Tan pronto como Dios Padre empieza a manifestar en la historia el destino amoroso que Él había formado en Jesucristo, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, esta alegría se anuncia misteriosamente en medio del Pueblo de Dios, aunque su identidad no es todavía desvelada²¹.

Cristo es el modelo supremo de la alegría que debe caracterizar al catequista. El Evangelio nos presenta cómo a lo largo de su vida pública va experimentando y compartiendo las alegrías. Estas alegrías humanas tuvieron para Jesús, reflejos de las alegrías espirituales: alegría de comunión de los apóstoles, alegría de compartir con los amigos en Betania, alegría que se convierte en el primer signo en la fiesta de bodas, allá en Caná de Galilea, alegría de reconocer al Padre como “rico en misericordia”, alegría del apóstol que engendra almas con dolores de parto.

La alegría pascual es fruto de la unión a Jesucristo Resucitado, es una experiencia de fe y comunión con quien es la fuente de nuestra esperanza. Sólo el Espíritu hará entrar a la comunidad apostólica en la alegría pascual. Por eso le pedimos: *Ven Padre de los pobres, ven a darnos tus dones, ven a darnos tu luz...* la luz y alegría del Resucitado, la que es capaz de convertir la tristeza en gozo: *también ustedes están ahora tristes, pero volveré a verlos y se alegrará el corazón de ustedes, con una alegría que ya nadie les podrá quitar*²².

Queridos catequistas no se cansen de sembrar, aunque a veces sea entre lágrimas, sepan trabajar en cuerpo, sumen no resten, animen no sean tan críticos, compartan y no compitan, sean cercanos y no dividan, corrijanse con caridad fraterna y no sean permisivos, sepan escuchar que es la base de todo acompañamiento, pidan la bondad, paciencia y mansedumbre que son las virtudes del corazón de Dios y entonces tendremos nuestro descanso: la recompensa es una gracia como cuerpo, como Iglesia, que cada uno demos lo mejor de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestras posibilidades, con una gran confianza en el Señor de los sembrados; pues Él, a su tiempo cosechará un fruto duradero, y a nosotros también nos promete una medida rebosante, generosa, sacudida, desbordante y eterna.

Que María nuestra Madre, estrella de la Nueva Evangelización nos acompañe en este nuevo milenio y nos lleve a Jesús, para que **con alegría lo anunciemos**.

*Mons. Jorge Rubén Lugones s.j.
Obispo de la Nueva Orán*

Trabajo Práctico:

Leer y meditar la Palabra: Hechos de los apóstoles 2,22 ss.; Filipenses 2,17-18.

Buscar criterios desde el Evangelio para discernir la realidad y las situaciones de vida acompañándolas con **alegría cristiana**.

Dejar que como espada de doble filo nos cuestione, anime, instruya y alegre, para andar en el camino de la conversión. Valorar el silencio orante de la escucha atenta.

La catequesis es un ministerio que nace de la comunidad. ¿Cómo es tu inserción-participación en la vida comunitaria parroquial?

“RENOVAMOS NUESTRO MINISTERIO”

*15 de Agosto - Iluminación a cargo de Mons. José María Rossi o.p.,
Obispo de Concepción de Tucumán*

Esta es la última meditación de nuestro Encuentro y la consigna es: Renovar nuestro ministerio de catequistas. Por lo tanto voy a ir tomando de las charlas anteriores que han compartido con nosotros mis hermanos y también de las homilias de estos días, algunas ideas que me parece que son las que van dibujando con más claridad y nitidez nuestro ministerio de catequistas, y cómo es esta renovación que se debe dar en nuestro corazón para que podamos regresar renovados con más fuerzas, más claridad y más ganas; para que nuestro servicio en la comunidad sea cada vez mejor.

Dentro de un rato terminaremos el Encuentro y volveremos a nuestras comunidades repitiendo el gesto de los discípulos de Emaús quienes, después de haberse encontrado con Jesús y haberlo descubierto en la fracción del pan, sienten la necesidad de volver a encontrarse con los hermanos que habían dejado hacía pocas horas; encontrarse con ellos para compartir. Así nosotros llegamos al final del Encuentro con la necesidad de buscar en el corazón todo aquello que nos mueva a encontrarnos con los hermanos que dejamos en casa para compartir con ellos.

¿Qué es lo que vamos a compartir? Este ministerio nuestro de catequistas que hemos descubierto, profundizado y anidado en nuestro corazón. Lo primero importante que nos llevamos es lo que nos planteaba mi hermano Mons. Juan Carlos Maccarone de Santiago del Estero: encontrar a Jesús, descubrir a Jesús y encontrarnos con Él. Descubrir a Jesús sobre todo en la Palabra de Dios, el Libro. Cuando uno se encuentra con un chico que no pasa de año y no llega nunca al Polimodal le decimos “agarrá los libros que no muerden”... nosotros también tenemos que animarnos a agarrar la Biblia, el libro que no muerde.

Aunque a veces nos da un poco de miedo y nos parece que muerde porque nos acordamos de esa Palabra que tantas veces hemos escuchado: “la Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que cualquier espada de doble filo. Ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. Es grave encontrarse con la Palabra y a veces nos asusta un poco. Pero tenemos que animarnos a tomar el Libro de la Palabra y a encontrarnos con Jesús allí, porque también recordamos esa Palabra de Isaías que nos habla de la Palabra y dice Dios, por medio de Isaías: “mi Palabra es como la lluvia y la nieve que cae en tierra y no vuelve a subir sino después de haber fecundado la tierra”, después de haberle dado vida para que ella pueda dar vida. Y así es la Palabra en nuestro corazón. Esto ya no nos asusta: pensar que la Palabra es como la lluvia y la nieve que trae vida al corazón; es Palabra de vida. Trae luz al corazón, lo alegra; nos da fuerza, nos anima, La Palabra de Dios en nosotros es como la lluvia y la nieve que traen vida, alegría y fecundidad.

Aquí, en el Libro, está la Verdad. Nuestro ministerio como catequistas consiste en compartir la Verdad que es Jesús. Ese Jesús que en estos días nos hemos invitado a encontrar. Compartir la Verdad que es Jesús y compartir la verdad que Él nos enseña con su Palabra. Ser catequista es también adoctrinar: compartir a este Jesús que hemos encontrado. Somos ministros de la Palabra ¿por qué? Porque nos acordamos siempre de esto que el apóstol Juan nos dice cuando nos cuenta el encuentro de la Última Cena. Este apóstol Juan, al que Jesús amaba. El que estuvo bien cerquita de Jesús compartiendo como discípulo y como amigo ese encuentro tan profundo con Jesús. El evangelio de San Juan 15,15 dice: “Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su Señor; ahora los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre”. Conocer como amigos, conocer la verdad de Jesús en la Palabra y conocer la verdad de Jesús en el corazón, como amigos. Encontrarnos con Jesús en el corazón, en la amistad porque Él nos llama “amigos”. Si Jesús no nos hubiera dicho esto, quizás no nos hubiéramos atrevido a avanzar en este camino de la amistad con Él, nos hubiera parecido demasiado. Sin embargo, Él nos lo dice para que no tengamos miedo y descubramos que nuestro encuentro con Él es tan profundo y tan enriquecedor como la amistad. Aquí hay que apelar a nuestra experiencia de la amistad. Cerrar los ojos y hacer memoria. Ver cómo la amistad nos ha permitido crecer. La amistad verdadera nos ha permitido encontrarnos con nosotros mismos, encontrarnos con nuestra propia verdad y encontrarnos con la verdad del amigo que nos abre el corazón. Cómo esa amistad nos ha permitido abrir el corazón a los otros. Encontrarnos con el amigo en ese momento de paz, de confianza; en ese momento que no se puede contar y sólo se puede experimentar. Pero que es tan importante en la vida. Si no tuviéramos a lo largo de nuestra vida encuentros de amistad auténticos y profundos no podríamos vivir, no podríamos vivir contentos; ¡no podríamos vivir! Sin la amistad verdadera y profunda la vida se nos termina., se nos acaba, no tiene más sentido. Compartir con Jesús, como Juan cerca de su corazón, como Juan escuchándolo, como Juan entregándole el corazón. Sin la amistad con Jesús no podemos vivir., la vida se nos termina sola. Encontrarnos con Él en el corazón.

Y esto ¿qué tiene que ver con el ministerio? Tiene que ver porque si la doctrina que es Jesús y la doctrina que Jesús nos enseña no pasan por el corazón no es doctrina de Vida. Y Jesús vino para darnos Vida y en abundancia. Por eso nuestro ministerio es compartir esta Verdad, esta doctrina de Vida que es Jesús y la doctrina de Vida que Él nos enseña. Por eso tiene que pasar por el corazón. Si no nos encontramos con Jesús para aprender allí, en su corazón, nuestro ministerio se vacía; ese encuentro con Él es lo que le da Vida. Por eso les recuerdo lo que decía Juan: ya no los llama servidores porque el servidor ignora lo que hace su señor, aunque el señor se lo diga lo sigue ignorando porque no tiene el secreto del corazón. En cambio dice Jesús: yo a ustedes los llamo amigos porque les he dado a conocer -en la Palabra y sobre todo en el corazón- todo lo que oí de mi Padre. Esta doctrina de Vida que está en el corazón de Jesús, porque Él la escuchó de su Padre. Él nos ha revelado el secreto del Padre como en la amistad, como en el encuentro con el amigo, el secreto del corazón se comparte en la amistad.

Esto es muy importante, nuestro ministerio es compartir esa doctrina de Vida. Es importante porque sin la Verdad es imposible construir. La vida se construye sobre la verdad. Sobre la verdad que es Jesús y sobre la verdad que soy yo. Mi vida no la puedo construir sino sobre este cimiento sólido que es Jesús, y que es mi propio corazón. La verdad de mi corazón y la verdad de su corazón.

De manera que, si nuestro ministerio es acompañar la vida de los demás, para que crezcan en la fe y en la vida, lo tenemos que hacer con la verdad para que sea posible que hoy y aquí

también los que comparten con nosotros ese camino -aquellos a quienes acompañamos como catequistas- puedan construir su propia vida sobre la verdad que es Jesús y sobre la verdad que hay en su propio corazón. Por eso nuestro ministerio también es compartir la experiencia del encuentro de amistad con Jesús, porque solamente allí se encuentra la verdad que nos permite construir.

¿Quién nos enseñará a hacer que la verdad de Jesús pase por el corazón para poder compartirla? Recordemos la palabra de San Lucas que escuchamos en una de las charlas de estos días: “María guardaba estas cosas en su corazón”. Ella nos enseña a pasar la verdad de Jesús por el corazón. En nuestro ministerio de catequistas siempre está presente María. Nos lo proponemos o no nos lo proponemos. Pero tenemos que trabajar para que esté. Encontrarnos con Jesús es también encontrarnos con María. Ella es la que nos enseña a encontrarnos con Jesús en el corazón. ¿En qué corazón ha estado Él más hondamente presente? En el de su Madre. Tenemos que caminar con Ella para ser catequistas, tenemos que caminar con María. Ella es el modelo para nosotros. Ella comparte con nosotros a ese Jesús que está en su corazón y así nosotros tenemos que compartir con los otros a ese Jesús que está en nuestro corazón.

Y esto es así porque María nos comparte a Jesús con amor y desde el amor, como Madre. Por eso qué importante que es para la catequesis y para nosotros catequistas, este santuario del amor -como lo llamamos- que es la familia, Iglesia doméstica. Esa “Iglesia de entrecasa”, la familia. ¡Qué importante que es la presencia de la familia en la catequesis! No hablo de la catequesis familiar como método, sino de la familia que catequiza. Y para nosotros catequistas ¡qué importante descubrir este ministerio familiar! Para no competir sino compartir con las familias. A veces nos pasa que “competimos” con las familias... “por qué la familia esto o por qué la familia esto otro”... En ellos está la primera Iglesia con la que se encuentra normalmente uno. Y nosotros los catequistas de la Iglesia grande- tenemos que compartir con ellos esta misión, este ministerio de ser catequistas y ayudarlos a descubrir ese ministerio que ellos tienen, que no se lo damos nosotros sino que se lo da Dios. Porque nosotros no hacemos a las familias “iglesias domésticas”, Dios hace a la familia Iglesia doméstica. Y Él pone en la familia todo lo que les hace falta para cumplir con ese ministerio. Nosotros desde nuestro ministerio debemos ayudarlos a descubrir ese ministerio que tienen. Un testimonio personal primero -escuchando al P. Arsenio que hablaba de la catequesis como Kerygma, como narración primero y luego como doctrina- yo he estado meditando las experiencias de mi propia vida. He descubierto esto: mi primer encuentro con la fe, con la vida espiritual, con la vida de Dios ha sido en mi casa. Mi abuela, la mamá de mi mamá vivíamos en casa con ella- cuando nosotros estábamos aburridos la buscábamos para que nos cuente un cuento. La abuela con la paciencia infinita que tienen las abuelas- nos contaba un cuento. Yo no me acuerdo qué cuentos eran, si repetía o no el cuento; pero el cuento siempre terminaba con una moraleja, porque los cuentos de la abuela eran para la vida. Nos contaba una verdad para vivir. Allí estaba la enseñanza para vivir y ese era el final del cuento. Después la mamá: otra experiencia importante de mi infancia en cuanto a la fe. Mi recuerdo de mi mamá en la fe y tiene que ser de muy tempranito porque me acuerdo de la imagen solamente y quizás alguna palabra- es todas las noches al pie de la cama, de rodillas, rezando y enseñándome a hacer la señal de la cruz cuando todavía no tenía ni edad para ir a la catequesis de la parroquia y rezar... “Ángel de la guarda, dulce compañía...” la primera oración y otras que me enseñaba mi mamá y ahora no recuerdo. Hoy todavía sigo aprendiendo a rezar porque mi mamá me enseñó que rezar es algo que se vive todos los días, que no lo puedo dar por hecho nunca y hoy tengo que volver a aprender a rezar, encontrarme con Alguien para rezar. Tercera experiencia de vida: mi papá, para reivindicar a los varones presentes, poquitos pero buenos. Mi papá: yo recuerdo con tanta claridad y con tanta fuerza- cómo me sentía yo cuando iba a Misa con mi papá desde chiquito. Me acuerdo del sentimiento que tenía yendo con mi papá, me acuerdo de la Iglesia, de

los bancos por eso digo que sería de muy chiquito este recuerdo- me acuerdo de mi papá que era como gigante al lado mío y “yo iba a misa con mi papá” para mi una figura enorme, como la imagen de Dios a esa edad- el orgullo que me daba ir de la mano de mi papá a misa. Era como llegar volando con Superman! Esa es la experiencia que me ha permitido después, algo más grande, celebrar misa en mi casa con mis hermanitos y decir a los diez años- “yo también quiero”. Y de ahí hasta ahora y espero no perderlo nunca- la alegría, el orgullo y el gozo de compartir esta celebración con la comunidad. Recuerdo que yo estaba al lado de mi papá; eso me daba fuerza: su testimonio.

Un testimonio de otras personas: acá en el norte lo vemos casi todos los días en las procesiones. Recuerdo una procesión en Concepción con el Señor de la Salud, pasamos frente al ingenio, la fábrica y un hombre vestido con ropa de trabajo se acerca a la imagen, hace parar la procesión con una criatura pequeñita en brazos. Así como yo me sentía en misa con mi papá, me imagino que se sentiría este niño en brazos de su padre. Se acerca el papá a la imagen a tomar gracia y a enseñarle a la criatura a tomar gracia de esa imagen de Jesús. Cuando decimos que los chicos llegan a la catequesis sin el kerigma nos equivocamos. Allí está el kerigma: someterse a Jesús, recibir la gracia de Jesús. “Este hombre te cambia la vida”, ese es el mensaje del gesto de ese hombre, que le trasmite a su hijo, sin palabras, el kerigma. Con el sentimiento de encontrarse en brazos de su padre casi superman- sometido ante este “pequeño” Jesús de madera. Seguro que al volver a la casa el chico le habrá preguntado allí viene la narración que nos decía el P. Arsenio- “¿quién era ese Jesús?” y “¿por qué estaba así?”... ”¿y por qué...?”. Y el papá le cuenta y luego pasa a los brazos de la mamá que tiene también esa paciencia infinita de seguir contando y contando. Y luego la abuela que tiene más paciencia todavía y que no sólo hace la narración sino que la abuela que ha tenido tiempo de llevar esas cosas a su oración y a su santuario, a su meditación; ya tiene la teología. No la ha estudiado pero la tiene porque ha tenido mucho tiempo para pensar en todo esto que ella vio, que escuchó, que le narraron, que leyó, que escuchó en la misa del padrecito... ella tiene la doctrina, la teología. Y los chicos llegan a su primera catequesis con el kerigma, con la narración y la teología que han escuchado en su casa. Esa es la primera catequesis familiar. El método lo descubrimos nosotros 2000 años después. Y está bien descubrirlo y formalizarlo para aplicarlo, no para competir sino para compartir, completar, acompañar y enriquecer esa catequesis familiar insustituible. Cuando tenemos que suplantar porque hay casos en los que tenemos que hacerlo- el kerigma, la narración o la doctrina, sufrimos, padecemos; porque nos damos cuenta que no podemos. Allí está Jesús vivido, sentido, experimentado, rezado, compartido. Jesús es el Señor y nosotros cuando nos encontramos con Jesús nos damos cuenta que nos llena el corazón y por eso decimos: “con alegría lo anunciamos”; porque nos hemos encontrado con Él, lo hemos descubierto al partir el pan, en la comunidad, en la Palabra, lo hemos descubierto en la oración personal, lo hemos encontrado en el corazón y por eso nuestro ministerio está lleno de entusiasmo, de gozo y de compromiso porque la alegría pone esto en el corazón. Pone garra, pone ganas en el corazón, pone compromiso, Y pone algo que ayer lo anoté cuando se lo escuchaba a Mons. Jorge Lugones la frase de Luis Rosales sobre la alegría-: *“Quien se adentra en el gozo está perdido. La alegría sólo tiene una puerta que es la puerta de entrada”*, no puede volver. La alegría tiene una sola puerta, la de entrada, es un camino sin retorno el camino de la alegría, el camino del gozo. Y con Jesús pasa lo mismo: cuando la amistad con Jesús es verdadera es un camino sin retorno, porque es el camino de la alegría y del gozo.

Porque el camino de la amistad con Jesús no tiene retorno, nuestro ministerio de catequistas no tiene retorno. Porque el camino de la alegría no tiene retorno, nuestro ministerio de catequistas es un ministerio de por vida. Por eso es un gozo encontrar catequistas de 70 y 80 años que tienen ganas de seguir enseñando. No hay que echarlos, hay que darles el espacio que se merecen tener, como a los abuelos en la casa. Ninguno de nosotros se hubiera atrevido a ir a

decirle a nuestro querido Papa Juan Pablo: “renunciá que estás viejo y cansado”. ¿Qué decía él?: no me bajo, hasta que no me bajen no me bajo, hasta que Dios diga. Y por suerte y gracias a Dios fue así ¿Que hubiera sido de la muerte del Papa Juan Pablo si no hubiera sido así?: comprometido hasta lo último. Así es el camino de la amistad y de la alegría. Así es el camino de nuestro ministerio, catequistas, hasta que nos bajen!!!

Aunque a nosotros los Obispos nos hacen renunciar a los 75, no importa, a ese ministerio que está en nuestro corazón, no renunciamos hasta que nos baje Dios.

Quizás la experiencia de la alegría es lo más fuerte que nos llevamos de este encuentro. La experiencia de la alegría simbolizada en los cantos, los gestos, la animación. La alegría la tenemos muy adentro. La alegría de ver que somos un montón más todos los que quedaron en casa, ver que la Iglesia está viva, que seguimos adelante, ver que somos los viejos, los medianos, los jóvenes, los chicos. Esa alegría es la que llevamos de vuelta para compartir con los nuestros. Esta experiencia de la alegría llevémosla de vuelta a casa, no la guardemos como un tesoro para nosotros solos; al contrario: que la llevemos para compartir, para abrir el cofre cuando lleguemos a casa.

“¡Jesús es el Señor! Con alegría lo anunciamos”... lo anunciemos. Y el desafío para nuestro ministerio de catequistas en el anuncio es llegar a los que sufren: aquellos de nuestros hermanos que más están sufriendo son el desafío para nuestro ministerio. ¿A quién vamos a ir con esa verdad de Vida que tenemos en el corazón para compartir? A todos vamos a ir, especialmente a los que más sufren. Y hoy el sufrimiento de nuestros hermanos se repite en aquellos que se quedan afuera. Se repite en los que no tienen derecho a trabajar, en los que por lo tanto no tienen derecho a comer, no tienen derecho a estudiar, no tienen derecho a vestirse, los que no tienen derecho a tantas cosas, a la salud, a la vida porque a través de esas cosas vivimos-. El sistema justifica todo esto, porque hace falta gente que no tenga derechos, hace falta gente que no tenga trabajo; justificaciones que genera el egoísmo: algunos tienen que estar afuera. Porque siempre tiene que haber esclavos. Esto es la exclusión, nuevo nombre de la injusticia y sufrimiento de nuestros hermanos. Por eso nosotros remamos mar adentro, abrimos los ojos y nos encontramos con esta clase de sufrimiento y decimos: La Iglesia nosotros como ministros en la Iglesia tenemos que ser testigos para el mundo de todo lo contrario. De que todos tenemos derecho a estar adentro. Todos los bautizados tienen derecho a la verdad de Vida, a que nosotros le compartamos esa verdad de Vida que llevamos en el corazón. Todos los seres humanos tienen derecho al kerigma, a que se les comparta esta Palabra que da Vida. Y por eso la catequesis es siempre misionera, especialmente en este mundo en que se nos dice que “algunos tienen que estar afuera para que nosotros estemos adentro”... especialmente hoy nosotros los catequistas tenemos que ser misioneros. No tenemos que permitir que nadie quede afuera, sino por el contrario; ese es nuestro testimonio, nuestro ministerio: ser misioneros y llegar a todos, Mientras haya un cristiano que no haya podido gozar de nuestro ministerio de catequistas, no podremos vivir en paz. Porque esa es la fuerza del misionero: no vivimos en paz hasta llegar al último, al que está más lejos, porque tiene el mismo derecho que el que está más cerca, que vive a la vuelta de la parroquia y no le cuesta llegar el día indicado para anotarse y empezar con la catequesis el primer día. El mundo que justifica la exclusión de muchos nos desafía a descubrir en nuestro corazón la necesidad de convertirnos de la exclusión porque cuántas veces también nosotros dejamos afuera a muchos que tienen el mismo derecho a estar adentro, a ser acompañados por este ministerio de la catequesis: desde niños pequeños, hasta jóvenes y ancianos hasta el día de su muerte. Todos tienen el mismo derecho y nosotros aprendamos de Jesús a buscar como ministros de la Palabra, a la oveja número cien, con amor, con el corazón abierto, con el deseo de estar juntos y compartir.

Vamos a terminar diciendo: este es un encuentro de catequistas del NOA. Nos hemos reunido todas nuestras iglesias: diócesis, parroquias, comunidades. Es un encuentro, no es un

congreso. Nos hemos encontrado para compartir, para abrir el corazón. Es un encuentro de catequistas: Jesús el primer catequista, los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos. Y una palabrita última sobre la amistad: la amistad con Jesús. Porque es con Jesús -y no lo vemos con los ojos, no lo escuchamos con los oídos de la carne- se puede convertir en una abstracción, en una pantalla que nos oculte las realidades, el hermano que está al lado.

Por eso la amistad es este Encuentro, el encuentro con la comunidad. La amistad es el encuentro que nos vamos a permitir cuando volvamos a casa, como después de Emaús. La amistad con Jesús necesita de mediaciones humanas. Tenemos que descubrir y agradecer la mediación de la amistad que nos permite crecer en nuestro ministerio para compartir con otros. Por eso quiero a manera de ejemplo- agradecer la mediación de la amistad que tenemos acá en el Encuentro: la amistad de mis hermanos de Concepción, que me ha animado después de dos días a sentarme a hablar hoy acá; la amistad de mis amigos de Rivadavia, donde estuve antes, con los que pude recordar tantas cosas que vivimos juntos en otro tiempo; la amistad de mis hermanos y hermanas de la orden de Santo Domingo que me encontré con sorpresa porque en esa familia he aprendido muchas cosas, y la amistad de mis hermanos obispos con los que compartimos tantas cosas y cuando nos encontramos nos sentimos muy bien, con una amistad fundada en el Señor y en el ministerio compartido en esta Región, en este norte tan cálido y hospitalario.

Después de haber compartido todas esas alegrías y amistades y sobre todo la amistad con Jesús nos preparamos para volver a casa.

*Mons. José María Rossi o.p.
Obispo de Concepción de Tucumán*

Notas Región NOA:

1. BENITO XVI, Homilía en la Misa de inicio de su Pontificado. LOR edición española 17/05 29/04/05, pág.7
2. *Ibíd.*
3. Reflexión para el Encuentro de Catequistas del NOA. Mons. Juan Carlos Maccarone. Agosto de 2005.
4. Juan Pablo II, CT, 20
5. Juan Pablo II, op. cit. *Ibidem*
6. NMI n.19
7. NMI, n. 17-18
8. SC n. 7
9. NMI, n. 49
10. Cf. Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, 28. *Ecclesia de Eucaristía*, 20.
11. cf. Leon Doufour, V Th B, p. 610
12. Pablo VI, *Gudete in Domino* N° 12 y 16
13. Lc 5, 3-4
14. Hech 4, 12
15. 1Cor. 2,1-2
16. Fil 2,17-18
17. Directorio Catequístico General 31
18. *Ibid* 1
19. *Novo Millennio Ineunte* 43
20. CT n° 56
21. Pablo VI, *Ibid*
22. Jn. 16,22.